

Capítulo III

TORTUGAS, INDIOS Y PIRATAS

La historia de las tortugas de mar y los indios miskitos requirió varios siglos para ser contada. Cuando el Mar Caribe fue abierto por primera vez por los exploradores y colonizadores europeos, los miskitos eran simplemente otro de los muchos pueblos indígenas y las tortugas de mar eran vistas sólo como una fuente abundante de carne. A través de los años comenzaron a ser notados los relatos de varios escritores, quienes por voluntad propia o por casualidad habían tenido ocasión de viajar a la margen lejana del Caribe. En el otro confín de las aguas, en un rincón ignorado del Mar Caribe, existía un grupo de indios que eran tal vez los mejores arponeadores y marineros de nave pequeña del mundo, y en esa misma región había grandes cantidades de tortugas de mar. Los indios eran amigables y las tortugas fáciles de atrapar. Los indios contaron a los visitantes muchas cosas acerca de sus hábitos de vida y acerca de las tortugas. Los visitantes realizaron también sus propias observaciones y escribieron sobre lo que habían visto, en libros que fueron leídos en muchos países. La habilidad de los indios y la cantidad y la historia natural de las tortugas, asombraron a todo el mundo.

La primera referencia sobre las tortugas y los miskitos aparece en libros escritos por piratas y bucaneros. Estos hombres fueron con frecuencia los primeros que hablaron e informaron acerca de las costas del Nuevo Mundo. La descripción de la vida salvaje terrestre y marítima, de los indios, ensenadas, corrientes y vientos se mezclaba profusamente con su recuento de las rapiñas navales y los saqueos a ciudades, así como con sus comentarios acerca de sus cofrades de piratería. Estos hombres fueron, de muchas maneras, los pioneros que con sus barcos y sus plumas abrieron, para bien o para mal, las puertas del Mar Caribe a las miradas del mundo. Algunos de los cronistas-bucaneros más famosos visitaron la costa Miskita de Centro América. Las obras y las hazañas de John Exquemelin, Raveneau de Lussan y William Dampier adquirieron renombre universal.

Los piratas franceses, según parece, tuvieron el primer contacto con los miskitos en 1612 cerca de Cabo Gracias a Dios. Unos veinte años después una compañía inglesa de la Isla de Providencia inició relaciones mercan-

tiles con estos mismos miskitos. Ninguno de esos dos contactos dejó mucho en lo que se refiere a relatos descriptivos de lo observado. La primera buena descripción acerca de los miskitos se produjo accidentalmente. Edward Long nos describe lo sucedido, en su obra clásica de historia de Jamaica (1774, I:315):

En el año 1671, un destacamento de bucaneros, después de tomar Panamá en el Mar del Sur, marchó desde allí hacia el lago, saqueando las ciudades de Granada, León, El Realejo y otras en su camino; pero, perseguidos por los españoles, se retiraron aguas abajo del río Wanks o Wallis [Río Coco] hasta Cabo Gracias a Dios, en donde se les brindó una muy hospitalaria recepción por parte de los indios miskitos, entre los cuales se quedaron muchos de estos bandoleros y les enseñaron el uso de las armas de fuego, en las que se han vuelto notablemente expertos.

El cabecilla inicial de los piratas saqueadores era el famoso Capitán Henry Morgan; pero John Exquemelin, el pirata-cirujano, condujo a los hombres por el Río Coco mientras Morgan emprendía el regreso a Jamaica por otro camino. Posteriormente Exquemelin escribió sobre esta aventura y los miskitos en su libro *The History of the Buccaneers of America* (publicado por primera vez en 1678), el cual fue leído profusamente y permanece hasta hoy en día como la mejor autoridad individual sobre la piratería primeriza en el Mar Caribe. De esta obra se publicaron numerosas ediciones en varios idiomas, y el libro constituye la base de casi todos los relatos populares novelescos y cinematográficos sobre los piratas del siglo XVII:

Al llegar a dicho cabo, nos alegramos y dimos gracias a Dios Todopoderoso por habernos librado de tantos peligros y habernos llevado hasta este lugar de refugio, en donde encontramos gentes que nos mostraron cordialísima amistad, y nos proveyeron de todo lo necesario.

Por el trato frecuente de esos indios con los piratas, éstos van algunas veces con ellos al mar y permanecen con ellos años enteros, sin volver a casa; de tal manera que muchos de ellos saben hablar inglés y francés, y algunos de los piratas la lengua de los indios. Como son muy diestros en el manejo de la jabalina, son útiles a los piratas en el avituallamiento de sus naves, por la pesca de tortugas y manitas,¹ un pez llamado así por los españoles. Porque uno solo de estos indios es capaz de avituallar una nave de cien hombres... (1856 166).

Salamos un gran número de tortugas, que abundaban aquí. Estas cosas nos hicieron olvidar las desgracias que habíamos soportado recientemente, y comenzamos a llamarnos unos a otros con el nombre de hermanos, lo cual era una costumbre entre nosotros, pero habíamos dejado de hacerlo en la época de desgracia (1856:170).

Otro bucanero, Raveneau de Lussan, tuvo ocasión de visitar la costa Miskita en 1688 y sus experiencias y observaciones respecto a la habilidad ma-

¹ El manatí (*Trichechus manatus*) es un mamífero acuático de gran tamaño, que rinde abundante carne y aceite

rinera y en la pesca con arpón de tortugas y peces, de los miskitos, fueron muy semejantes a las de Exquemelin.

Estos hombres son los más audaces del mundo en enfrentarse a los peligros del mar en pequeños botes, a los que el marinero corriente menospreciaría. En ellos permanecen tres o cuatro días consecutivos, tan despreocupados, a pesar del mal tiempo, como si fueran parte integrante del bote. Tan pronto como avizoran un pez, no importa cuán profundo esté en el agua, nunca fallan: tan grande es su habilidad (1930: 286).

Varios otros cronistas de viajes extranjeros habrían de llegar a la costa Miskita en los siglos siguientes. Aunque sus obras están amarillentas por el paso de los años, sus páginas evocan todavía imágenes del agua azul-verdosa, el chapotear de las tortugas y, para decirlo con las palabras de uno de los escritores, “el océano hacia barlovento poblado de velas”.

Para este capítulo he seleccionado extractos de cinco de las mejores crónicas de viajes, que cubren un lapso de 200 años, a partir del primer contacto y hasta el siglo XIX. Las obras fueron escritas por un pirata, un novelista, un traficante, un diplomático y un ingeniero-naturalista. Todos representan no sólo los mejores relatos acerca de las tortugas y los miskitos, sino también algunas de las obras mejor escritas de su época.

MAESTROS DEL ARTE

WILLIAM DAMPIER*

William Dampier fue uno de los grandes escritores de viajes de su época. *A New Voyage Round the World* (Nuevo Viaje Alrededor del Mundo), publicado por primera vez en 1697, es considerado por muchos como el mejor libro de viajes jamás escrito. Entre los años de 1681 y 1688, Dampier acompañó a varias tripulaciones bucaneras en el Caribe y el Pacífico. En todo ese tiempo mantuvo un diario detallado de sus observaciones y experiencias. En éste lleva un recuento cuidadoso y preciso de las gentes, lugares, plantas, animales, corrientes oceánicas y vientos. El suyo fue uno de los libros de aventuras marítimas más notables y más valiosos para la historia. Como literatura de viajes tuvo pocos rivales, y pronto estableció el patrón para los escritores posteriores. En la introducción a la edición de 1927, Sir Albert Grey cita las palabras de una autoridad en la materia, quien escribió: "No es fácil mencionar a otro viajero que haya proporcionado información más útil al mundo; uno a quien el comerciante y el marinero deban tanto; o que haya comunicado su información tan sin ambages y en forma más inteligible".

Dampier atrajo a la atención del mundo muchas cosas nuevas de las que no se tenían noticias. Entre los temas de que escribió, es interesante notar que los indios miskitos y las tortugas fueron el pueblo y los animales más cuidadosa y ampliamente descritos en su libro.

Según dice Parsons (1962:11),

William Dampier, ese rudo marinero que, como lo ha observado Oliver Goldsmith, añadió a la historia natural más que la mitad de los filósofos que existieron antes que él, hizo repetidas y extensas referencias a las tortugas en sus *Voyages*, obra escrita entre 1681 y 1688. Para los hombres de su casta los datos de la geografía de la tortuga verde eran de significación primaria. El fue el primero en poner claro la distinción entre la tortuga verde comestible y las otras especies menos sabrosas, especialmente la carey y la caguama.

Además, sus comentarios sobre el desove de la tortuga, los pastizales submarinos y las diferentes variedades de la tortuga verde fueron sumamente penetrantes. Sus observaciones sobre las migraciones de la tortuga verde y las calidades tóxicas de la tortuga carey de ciertos lugares, le tomaron a la ciencia más de 250 años para comprobarlas. Tuvo el cuidado de

* Estos párrafos que siguen se publican con autorización del editor y aparecieron originalmente en: William Dampier, *A New Voyage Round the World* (1697), con Introducciones por Sir Albert Grey y Percy G Adams, Dover Publications, New York, 1968, pp 16-17, 33-35, 66-67, 77-81

notar que una disponibilidad fácil de tortugas verdes era de gran importancia para los piratas cuando escogían los lugares para acampar o reparar sus naves.

Uno de los incidentes que relató referentes a indios miskitos llegó a ser una historia famosa por sí misma y modelo para escritores posteriores, inclusive idea original para el *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe. Después que Dampier y compañeros atravesaron el istmo de Panamá, viajaron a lo largo de la costa Occidental de Sur América, deteniéndose en la isla de Juan Fernández, situada varios cientos de kilómetros al Oeste de Valparaíso, Chile. Ahí fueron sorprendidos por barcos españoles y tuvieron que huir, dejando atrás a un indio miskito —un arponeador llamado Will— quien pasó tres años solo en la isla. Su rescate posterior en el que intervino otro indio miskito llamado Robin, es un cuento de primera clase. Defoe usó este relato y otro en que aparece Alejandro Selkirk, quien años después pasó doce años en la misma isla, como base para el "*Robinson Crusoe*".

Ya que he mencionado a los *indios mosquitos*, tal vez es oportuno que concluya este capítulo con una corta referencia a ellos. Constituyen solamente una pequeña nación o familia, de no más de 100 hombres como número total, que habitan en tierra firme al lado Norte, cerca de Cabo *Gratia Dios*; entre Cabo *Honduras* y *Nicaragua*. Son muy hábiles en arrojar la lanza, la fisga, el arpón y toda clase de dardos, en lo que se ejercitan desde su infancia; pues como los niños imitan a sus padres, nunca salen sin una lanza en sus manos, la cual arrojan a cualquier objeto, hasta que el ejercicio los ha convertido en Maestros del Arte... Tienen extraordinaria buena vista, y son capaces de discriminar una vela en el mar y ver cualquier cosa mejor que nosotros. Su oficio principal en su patria es la pesca de peces, tortugas, y manatíes, en la forma que describo en otra parte, Cap. 3. Por esta razón son estimados y codiciados por todos los buques corsarios; pues uno o dos de ellos en un barco pueden mantener a 100 hombres. De tal manera que cuando carenamos nuestros barcos, escogemos por lo común esos lugares en que haya abundancia de tortugas o manatíes para que estos *mosquitos* los pesquen:¹ y es muy raro encontrar buques corsarios en que no vaya uno o más de ellos, cuando el capitán o la mayor parte de la tripulación son *ingleses*; pero ellos no quieren a los *franceses*, y a los *españoles* los odian mortalmente.

Les encanta establecerse cerca del mar o junto a algún río, con el objeto de pescar, que es la tarea que más quieren... Después que un hombre ha limpiado una parcela de tierra y ha plantado en ella, raras veces vuelve a importarle en adelante, sino que deja a su mujer el encargo de manejarla, y él sale a pescar. Algunas veces busca solamente pescado, y otras veces tortuga o manatí, y lo que saca lo lleva a casa de su mujer, y no

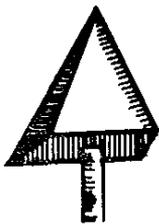
¹ De manera semejante Dampier observó que un campamento pirata favorito en Panamá fue escogido debido en gran parte a la disponibilidad de tortuga verde: "Este *Boca-toro* es un sitio que los corsarios usan para refugiarse, tanto como en cualquier otro en la Costa, porque hay en él abundancia de tortuga verde, y un buen lugar para carenar" (1968:35)

vuelve a salir a buscar otra cosa hasta que se comen todo lo que lleva. Cuando el hambre comienza a arañarle el estómago, coge su canoa y sale a buscar nuevas presas en el mar, o se interna en el bosque a cazar sahnos y venados, que son respectivamente una especie de cerdos salvajes y ciervos; y raras veces regresa con las manos vacías, ni sale a buscar más mientras le dure lo que encontró.

Los *mosquitos* son por lo general muy amables con los *ingleses*, de quienes reciben mucho respeto, tanto cuando están a bordo de sus embarcaciones como cuando están en tierra, ya sea en *Jamaica* o en otro sitio, a donde acompañan con frecuencia a los marineros. Siempre los recibimos bien, permitiéndoles ir a cualquier sitio que les plazca y volver a su país en cualquier barco que vaya en esa dirección, si lo desean. En la pesca se manejan por sí mismos y salen en su propio botecito, en el cual nuestros hombres no podrían ir sin peligro de sobrecargarlo ni ellos permitirían entonces que un blanco fuera en su bote, pero irá un semejante en él según le plazca: todo lo cual se lo permitimos nosotros. Pues si nos oponemos, aunque vean bancos de peces, tortugas, etc., arrojarían intencionalmente a un lado los arpones y anzuelos y tortugueros, o los mirarían como para no matar nada.

Los *mosquitos* disponen siempre de una pequeña canoa para su uso en la pesca de peces, tortugas o manatíes, la que por lo general conservan para sí mismos con mucha limpieza y nitidez. No usan remos sino canaletes, cuya parte ancha no se va aguzando hacia el mango, palo o cabo, como sucede en el remo; ni lo usan de la misma manera, apoyándolo en el costado del bote, sino que lo agarran perpendicularmente, cogiendo fuertemente el mango con ambas manos, y empujando el agua hacia atrás a punta de fuerza y de rápidos impulsos. Uno de los *mosquitos* (pues viajan en parejas en la canoa) se sienta en la popa y el otro se arrodilla en la proa y ambos canaletean muy suavemente, mirando con cuidado a sus alrededores; y el que va en la proa del bote pone a un lado el canalete y se incorpora con el arpón en la mano . . .

La forma de pescar el manatí y la tortuga es muy parecida; sólo que cuando buscan manatíes canaletean con extrema suavidad y sin hacer ruido, y nunca rozan los costados del bote con el canalete, pues este animal tiene el oído finísimo. En cambio no son tan refinados cuando buscan tortugas, las cuales tienen mejor vista que oído. A la tortuga le dan con una estaca de hierro piramidal de base cuadrada, al otro con el arpón. Los *mosquitos* se fabrican sus propios instrumentos de pesca, tales como arpones, anzuelos y estacas de hierro para tortuguear. Estas estacas están hechas de cuatro cantos, aguzadas en una punta y no muy por encima de



una pulgada de largo, como la figura que se ve al margen. El espigón pequeño del extremo ancho tiene un cordel atado a él, y entra también en un agujero en el extremo del mango, el cual, cuando la tortuga es golpeada con la estaca, se sale, y el hierro y el extremo de la cuerda atada a él penetran en el cuerpo de la tortuga, en donde se entierra tanto que la tortuga no tiene posibilidad de escape.

Fabrican los cordeles para pescar y para las estacas con la corteza de *majagua*, que es una especie de árbol o arbusto² que crece abundantemente en todas las *Indias Occidentales*, y cuya corteza está hecha de cuerdas o hilos muy fuertes. Se la puede tramar en copos o pequeños torzales, según se tenga ocasión. Es apropiada para toda clase de cordelería; y los corsarios frecuentemente se fabrican de ella sus aparejos. Basta de digresión.

He diferido hasta ahora la descripción de estos animales, por consiguiente la daré ahora. Hay cuatro especies de tortuga de mar, a saber, la tortuga tora, la caguama, la carey y la tortuga verde. La tortuga tora es por lo general de mayor tamaño que las otras, sus conchas superiores son más altas y más redondas, y su carne desabrida y nada saludable. La caguama (“loggerhead” = cabeza de troza, en inglés) tiene este nombre porque es muy cabezona, mucho más que las otras especies. Su carne es igualmente muy desabrida, y raras veces se la come, excepto en caso de necesidad. Se alimenta de musgo que crece entre las rocas. La carey es la más pequeña de todas, y su nombre en inglés (*hawkbill* = pico de halcón) lo debe a que tiene la boca alargada y pequeña, de forma que recuerda la del pico de un halcón. La concha de esta tortuga es muy estimada para hacer estuches, peines y otros objetos. La más grande de ellas puede tener 3 libras y media de concha; yo he pescado algunas que han tenido 3 libras 10 onzas; pero por lo general tienen libra y media o dos libras; algunas no tanto. Su carne no tiene nada de especial, pero generalmente es más apetecible que la de la tortuga tora. Sin embargo, la carne de estas tortugas carey en algunos sitios es malsana, y produce efectos purgantes y de mucho vómito, especialmente las de los puntos comprendidos entre las *Sambaloes* y *Portobel*... Estas tortugas carey son mejores o peores según lo que les sirva de alimento. En algunos lugares se nutren de hierba, como lo hace también la tortuga verde; en otros, se mantienen entre las rocas y se alimentan de musgo o de algas; pero éstas no son tan sabrosas como las que se alimentan de hierba, ni su carapacho es tan claro; porque a ellas por lo general se les pega la broma que echa a perder la concha; y su carne es comúnmente amarilla, especialmente la grasa.

La tortuga carey existe en muchos lugares de las *Indias Occidentales*; tiene muchas islas y lugares que le son peculiares, en donde pone sus huevos y raras veces se mezcla con otras tortugas. Esta y las otras tortugas desovan en la arena: su época de desove es en Mayo, Junio y Julio. Unas comienzan más temprano, otras más tarde. Desovan tres veces en cada temporada, y en cada desove ponen de 80 a 90 huevos. Estos son del tamaño de un huevo de gallina y muy redondos, cubiertos sólo por una áspera película blanca. Hay algunas bahías en el Norte de *Jamaica*, en donde suelen poner las tortugas carey. En la Bahía de *Honduras* hay islas que ellas las han convertido en sus criaderos, así como muchos sitios a lo largo de toda la costa de tierra firme de las *Indias Occidentales*, desde *Trinidad* a la *Vera Cruz*, en la Bahía de *Nova Hispania*. Cuando una tortuga marina sale del mar a desovar, pasa por lo menos una hora antes de su regreso, pues tiene que caminar más arriba de la línea de la marea alta, y si por casualidad hay marea baja cuando sale a tierra, tiene que descansar

² *Hibiscus tiliaceus*, llamado *sani* por los miskitos.

una o dos veces, debido a su sobrepeso, antes de llegar al sitio en que desova. Cuando ha encontrado un lugar apropiado, cava un gran hoyo con sus patas en la arena, en donde pone los huevos y después los tapa a medio metro de profundidad con la misma arena que sacó del hoyo, y regresa al mar. Algunas veces suben la noche anterior a su proyectado desove y efectúan un reconocimiento del lugar, y después de hacer un recorrido o marcha semi-circular, regresan al mar nuevamente, y no fallan nunca en salir a tierra a la noche siguiente para desovar cerca del sitio escogido. Todas las especies de tortugas emplean el mismo método de desove. Conoció a un hombre en *Jamaica* que obtuvo 8 libras esterlinas de las conchas de esta tortuga carey, a las cuales atrapó en una sola temporada y en una sola pequeña bahía, de no más de un kilómetro de largo. La manera de atraparlas es vigilar la bahía, recorriéndola de una parte a otra toda la noche, sin hacer ruido ni encender ninguna clase de luz. Cuando la tortuga sale a tierra, el hombre que la vigila la voltea panza arriba y después la arrastra hasta más arriba de la línea superior de la marea alta y allí la deja hasta la mañana siguiente. Una tortuga verde grande, con su peso y su forcejeo, pondrá en jaque a dos hombres que traten de voltearla. Las tortugas carey no sólo se encuentran en las *Indias Occidentales*, sino también en las costas de *Guinea* y en las *Indias Orientales*. Nunca vi ninguna en los *Mares del Sur*.

La tortuga verde recibe este nombre porque su concha es más verde que la de las otras. Es muy delgada y clara, y con mejores jaspes que los de la tortuga carey; pero sólo se usa para incrustaciones, pues es sumamente delgada. Estas tortugas son por lo general más grandes que las carey; una sola pesará de 200 a 300 libras. Su concha es más aplanada que la de la carey, su cabeza redonda y pequeña. Las tortugas verdes son, de todas las especies, las más gratas al paladar, pero se dan grados en ellas, tanto en la carne como en el tamaño. He observado que en *Blanco* en las *Indias Occidentales*, la tortuga verde, única especie que allí existe, es más grande que cualquier otra de los mares del Norte. Allí llegan a pesar 280 a 300 libras: su grasa es amarilla, lo magro es blanco y su carne sumamente sabrosa. En *Boca Toro*, al Oeste de *Portobel*, no son tan grandes, su carne no es tan blanca ni su grasa tan amarilla. Las de Bahía de *Honduras* y *Campeche* son todavía un poco más pequeñas; su grasa es verde y lo magro de un color más oscuro que las de *Boca Toro*. He oído hablar de una tortuga verde monstruosa atrapada en *Port-Royal* en la bahía de *Campeche*, que tenía más de un metro y cuarto de grosor, y cuya panza tenía un metro ochenta de anchura. El hijo del Cap. Roch, de nueve o diez años de edad, se subió en ella como en un bote, a bordo del barco de su padre, como a 400 metros de la costa. Las capas de la grasa rindieron ocho galones de aceite. Las tortugas que viven entre los cayos o islotes del Sur de *Cuba*³ son de clase variada, unas más grandes, otras más pequeñas; y así su carne es de color variado, una es verde, otra oscura, otra amarillenta. De ésta se surte constantemente *Port-Royal* en *Jamaica*, por medio de balandras que suben con redes para atraparlas. Las llevan vivas a *Jamaica*, en donde hay preparados corrales hechos de estacas dentro del mar, para conservarlas vivas; y el mercado está lleno de tortugas todos los días, alimento común de ese lugar, especialmente para la gente humilde.

[³] Jardines de la Reina, Archipiélago de los Canarreos *

* En español en el original. (N.d.T.).

La tortuga verde se alimenta de hierba submarina, que encuentra a 3, 4, 5 ó 6 brazas de profundidad en muchísimos de los lugares antes mencionados. Esta hierba es diferente de la hierba manatí; pues aquélla es hoja pequeña y ésta es de un centímetro y medio de ancho por quince centímetros de largo. La tortuga de estas Islas *Galápagos* es una especie de tortuga verde bastarda; pues su concha es más gruesa que en las otras tortugas verdes de las *Indias Occidentales* y *Orientales*, y su carne no es tan sabrosa. Es de mayor tamaño que las demás tortugas verdes, pues es común que estas tortugas tengan medio metro o tres cuartos de metro de grueso y su coraza pectoral sea de metro y medio de ancho. Pero hay otras tortugas verdes en los *Mares del Sur* que no son tan grandes como la más pequeña de las carey. Estas se ven en la Isla *de la Plata* y otros sitios cercanos. Se alimentan de musgo y son muy desabridas, pero gordas.

Pero estas especies son diferentes de las demás, pues tanto los machos como las hembras salen a tierra a la luz del día y yacen al sol,[⁴] pero en otros lugares sólo la hembra sale a tierra, y eso de noche, a poner sus huevos. La mejor zona alimenticia para las tortugas en los *Mares del Sur* está entre las Islas *Galápagos*, pues allí hay hierba en abundancia.

Hay otra especie de tortuga verde en los *Mares del Sur*, un tanto pequeña, pero muy gustosa al paladar: estas tortugas se encuentran hacia el Occidente de las costas de *México*. Hay una cosa muy extraña y notable en estos animales: que en su época de desove abandonan durante dos o tres meses su guarida común, donde permanecen la mayor parte del año, y se van a otros lugares, sólo a poner sus huevos; y se cree que no comen nada en todo ese lapso, de tal manera que tanto los machos como las hembras se ponen sumamente flacos; pero los machos a tal grado, que se vuelven incomibles. Los sitios más notables de que oí hablar como lugares de desove de ellas, están en una isla de las *Indias Occidentales* llamada *Caimanes* y en la Isla *Ascensión* en el *Océano Occidental*: y cuando ha pasado la época de desove no queda ninguna. Sin duda nadan algunos centenares de leguas hasta llegar a esos dos sitios: pues se ha observado frecuentemente que en *Caimanes*, en la época del desove, se encuentran todas esas especies de tortugas ya descritas. Los *Cayos del Sur* de *Cuba* están a más de 40 leguas de allí, y es el sitio más cercano del cual pueden provenir; y es ciertísimo que no podrían vivir allí tantas como llegan en una temporada.

Las que llegan a desovar a *Ascensión* deben tener necesidad de viajar mucho más lejos; porque no hay tierra cercana a esa isla que esté a menos de 300 leguas: y es cierto que esos animales viven siempre cerca de la costa. En el *Mar del Sur* de manera semejante, *Galápagos* es el lugar en donde permanecen la mayor parte del año; y de allí parten en la temporada hacia tierra firme a desovar; y el continente está a 100 leguas en su punto más cercano. Aunque muchedumbres de estas tortugas parten de sus sitios comunes de alimentación y permanencia hacia esos lugares de desove, no todas concurren: y en el momento en que las tortugas parten hacia estos lugares a poner sus huevos, las acompañan muchos peces, espe-

[⁴] De todas las tortugas de mar, sólo de la tortuga verde del Pacífico se sabe que se arrastra en la costa para tomar baños de sol

cialmente tiburones; y los sitios de donde parten las tortugas quedan en ese tiempo desprovistos de peces, los cuales siguen a las tortugas.

Cuando las hembras van de esta manera a poner a sus sitios de desove, las acompañan los machos, y no las dejan solas nunca hasta que vuelven. Tanto los machos como las hembras están gordos al comenzar la temporada; pero antes de regresarse, los machos, como ya lo he dicho, están tan flacos, que no son aptos para ser comidos, pero las hembras siempre están buenas hasta el fin, aun cuando no tan gordas como al principio de la temporada. De estos animales se dice que pasan nueve días copulándose en el agua; el macho sobre el lomo de la hembra. Se puede observar que el macho, mientras está engendrando, no renuncia fácilmente a su hembra; pues yo he ido y he atrapado machos mientras engendraban, y hasta un arponeador de mala puntería podría acertarles en esos momentos, ya que los machos no son nada asustadizos. En cambio las hembras, cuando ven un bote al emerger a respirar, tratan de emprender la fuga, pero el macho las aferra con las dos aletas delanteras y las retiene firmemente. Cuando están así acoplados es mejor darle a la hembra primero, para estar seguros de acertarle al macho. De estos animales se cree que viven larga vida; y los tortugueros de *Jamaica* han observado que pasan muchos años antes que alcancen su pleno desarrollo corporal.

El 22 de Marzo de 1684 llegamos a la vista de la isla,⁵ y al día siguiente entramos y anclamos en una bahía en el extremo Sur de ella, de 25 brazas de profundidad, y a menos de dos cables de largo de la costa. Inmediatamente subimos al bote de desembarque y fuimos a tierra en busca de un indio *mosquito*, a quien habíamos dejado allí cuando nos persiguieron tres barcos españoles en el año 1681, poco antes de que fuéramos a *Arica*; siendo nuestro comandante el Cap. *Watlin*, después que el Cap. *Sharp* fue depuesto.

Este *indio* vivió aquí solo por más de tres años, y aunque los *españoles* lo buscaron después varias veces, pues sabían que se encontraba en la isla, nunca lo pudieron encontrar. Estaba en el bosque, cazando cabras, cuando el Cap. *Watlin* retiró a sus hombres y el barco se hizo a la vela antes que él regresara a la playa. Conservaba su mosquete y un cuchillo, con un pequeño cuerno de pólvora y unos cuantos perdigones; y cuando esto se le terminó, urdió una manera de hacerle muescas a su cuchillo para convertirlo en un seirrucho con el cual aserró el cañón de su mosquete en pequeños trozos, de los cuales se fabricó arpones, lanzas, anzuelos y un cuchillo largo, calentando primero las piezas al fuego, que encendió con el fulminante de su arma, y un pedazo del cañón del mosquete, que después endureció; cosas todas estas, que aprendió entre los *ingleses*. Los trozos de hierro calentado los martilló y los dobló a su gusto con piedras y los aserró a su gusto con el cuchillo dentado; o les sacó filo con gran trabajo, y los endureció a buen temple cuando tuvo ocasión. Todo esto puede pa-

⁵ Isla de Juan Fernández, al Oeste de Valparaíso, Chile

recer extraño para aquellos que no están familiarizados con la sagacidad de los *indios*; pero no es más que algo a lo que están acostumbrados los *mosquitos* en su país, en donde se fabrican sus propios instrumentos arrojados y de pesca, sin fragua ni yunque; si bien es cierto que les toma mucho tiempo.

Con esos instrumentos que se fabricó de esta manera, se proporcionó las provisiones que le deparó la isla, tales como cabras y pescado. Nos contó que al principio tuvo que comer carne de foca, que es muy desabrida, pues no se había fabricado anzuelos; pero después no volvió a matar focas sino para fabricarse cuerdas, cortando la piel de los animales en correas. Tenía una casita o choza a un kilómetro del mar, forrada con pieles de cabra; su poltrona o barbacoa de palitos apilados a lo largo con altura como de medio metro del suelo, estaba recubierta de lo mismo y constituía todo lo que le servía para dormir. No le quedaba ropa, ya que había destrozado la que trajo del barco de *Watlin*, y llevaba solamente una piel a manera de taparrabo. Divisó nuestro barco el día antes de que ancláramos y, creyendo que éramos *ingleses*, mató tres cabras en la mañana, antes de anclar nosotros, y las aderezó con repollo para agasajarnos cuando bajásemos a tierra. Entonces se llegó al mar para darnos los parabienes por nuestro arribo a salvo. Y cuando bajamos a tierra, un indio *mosquito* llamado *Robin* fue el primero que saltó a la costa, y corriendo hacia su hermano *mosquito* se arrojó a sus pies rostro en tierra, y éste le ayudó a incorporarse, y se abrazaron, después de lo cual este último cayó también a los pies de *Robin*, quien también le ayudó a incorporarse. Con gran placer contemplamos la sorpresa, ternura y solemnidad de su entrevista, que fue sumamente afectuosa por ambas partes; y cuando sus ceremonias de cumplimiento terminaron, también nosotros que los estábamos contemplando nos acercamos y fuimos a abrazar al que habíamos encontrado allá, que estaba gozosísimo de ver a tantos viejos amigos suyos que habían venido a aquel lugar con el objeto, según él creía, de llevárselo. Se llamaba *Will*, así como el otro se llamaba *Robin*.

HUELLAS DE TORTUGAS

WILLIAM WILLIAMS*

Otro relato en que aparece un náufrago, así como las tortugas de mar, indios y la costa del Caribe de Nicaragua, fue también la primera novela norteamericana. *Mr. Penrose: The Journal of Penrose, Seaman* (El Sr. Penrose: Diario de Penrose, Marinero) fue escrita por William Williams entre los años de 1750 y 1775. Se basa en las propias experiencias del autor después que fue abandonado por sus compañeros de barco y vivió dos o tres años (1744-1746) con los indios ramas en las cercanías de Punta Gorda, en el Oriente de Nicaragua. El libro es un relato romántico de sus aventuras, de la fauna y la flora de la región. Cuando fue publicado por primera vez en 1815, Lord Byron lo leyó y escribió lo siguiente: "Nunca he leído parte tan grande de un libro de un solo tirón en toda mi vida. Me tuvo en vela la mitad de la noche y me hizo soñar con él la otra mitad".

En la novela, el personaje principal, Lewellin Penrose establece una pequeña colonia de indios y marineros náufragos. Penrose toma a una mujer llamada Luta, por esposa, la cual junto con su hermano Harry es mencionada en el texto que sigue. En todo el relato hay muchos pasajes interesantes sobre los ramas y la vida silvestre, incluyendo las tortugas de mar, que se volvieron muy importantes para la subsistencia de la colonia. Williams discute sobre el desove de la tortuga carey, sobre los métodos empleados para arponear a las tortugas de mar, de cómo ellos guardan a las tortugas en jaulas o "pozos" junto a la orilla del agua hasta que las necesitan para comer; y nos da una de las primeras descripciones de las tortugas de mar de esta región. Claramente se ve que para los ramas, que vivían junto al mar, las tortugas marinas eran un recurso importante; mientras que para Williams eran sólo animales que lo intrigaban.

Al día siguiente salí en busca de cebo y regresé con el objeto de ir a pescar. Nunca fallaba en coger peces de diversas especies, y mi nuevo estilo de comida pronto me devolvió las fuerzas y me restableció la salud.

Algún tiempo después de esto, mientras vagaba por la costa encontré un pequeño mástil de vela, un timón de lancha y un casco vacío de poco uso. Estas cosas me demostraron que la caja había pertenecido a alguna pequeña goleta o balandra que había zozobrado en esa costa hacía algún tiempo. Mientras exploraba así la playa, observé en varios sitios huellas

* Esta selección se extracta de: William Williams, *Mr Penrose The Journal of Penrose, Seaman*, con introducción y notas de David Howard Dickason (editor), Indiana University Press, Bloomington, 1969, pp 62-63, 77, 94, 117-118, 318. Se reproduce con permiso del autor y de la Indiana University Press

de tortugas. Tan pronto como observé esto, seguí uno de los rastros por la playa; hasta que encontré que una de ellas había estado en plena faena. Al punto me puse de rodillas y comencé a escarbar la arena, aunque muy pronto me convencí de que se trataba de un vestigio falso, ya que ellas tienen habilidad para hacer esto con el fin de evitar el despojo, o cuando no les gusta el paraje. Entonces seguí otro rastro y tuve éxito, pero poco después me sorprendió ver un montón de tiernos animalejos de tamaño como de media corona trastabillando sobre mis dedos, todos con perfecta forma de tortugas. Debo confesar que me alarmó en principio. Inmediatamente los dejé valerse por sí mismos y me marché a otro sitio. En este encontré alrededor de 75 huevos en buenas condiciones, me volví a mi bote y en dos viajes los llevé y los puse junto a mi calabaza, regresándome a casa.

En la temporada de tortugas que por lo general era por Junio, Julio y Agosto según me pareció, me dí un gran banquete pero encontré que el cuerpo se me llenó de ronchas después de haber comido tortuga hasta hartarme. No obstante, a la postre vino a resultar que me sentí después cada vez más saludable. A veces corto las partes magras de ellas en delgadas tiras y las pongo en salmuera, y después las cuelgo al sol hasta que se ponen secas y duras.

Mi nuevo hermano y yo fuimos a la Isla del Pájaro en busca de conchas y huevos... Después de habernos acercado como a 40 metros de la costa, divisé una tortuga pequeña flotando en el agua. Se la mostré a Harry quien, cogiendo el venablo, me indicó que remara despacio. Así lo hice y él le acertó en la concha. El mango del venablo cayó y ella comenzó a arrastrarnos, mientras Harry tiraba de la cuerda atada al venablo, hasta que el animal se cansó y la subimos al bote y pesaba como 20 libras. Entonces nos regresamos a casa e hicimos una celebración con ella.

Esta aventura me decidió a fabricarme y proveerme una cuerda fuerte para esa finalidad, y consiguientemente le ordené a Harry que preparara los materiales adecuados. Después de esto, con frecuencia sacábamos tortugas; lo cual avivó mi mente para emprender una nueva actividad, que consistió en ayudar a mi hermano Harry a inventar la forma de hacer una pequeña jaula para tortugas, en la cual encerrar algunas que atrapásemos, y a fuerza de trabajo la fabricamos a nuestra satisfacción.

El siguiente empeño fue nuestro plantío. Acerca de esto yo consideré que estaría mejor en el terreno quemado cerca de la cueva antigua. Como no sabía cuánto podrían perturbarnos los animales salvajes, y nunca he visto ninguno en la costa baja junto al mar, juzgué ese sitio como el más prometedor de éxito. Estos asuntos nos tomaron más de dos semanas; y entonces nos dimos cuenta de que las tortugas iban a la costa, ya que se acercaba la época de su desove. Después de esto salíamos a tortuguear todos los días, llevando a las muchachas con nosotros, hasta que hubimos atrapado ocho. Entonces se me ocurrió que no necesitábamos molestarlos tanto, y se lo dije a Harry, que las espíáramos cuando salieran a la costa a poner, lo cual nos ahorraría muchas molestias y con ese método

podríamos atrapar a todas las hembras, ya que los machos en esa época se ponen muy flacos. Ese sistema lo empleamos inmediatamente después, y obtuvimos tal rendimiento que nos vimos obligados a desistir de él.

Cierto día en que estábamos practicando este deporte en una linda noche de luna, Harry se puso muy impaciente y no dejó que la tortuga se acomodara; ella lo vio y empezó a regresarse al mar. Al ver esto, él corrió y se subió a horcajadas sobre el lomo de la tortuga, aferrándose a la parte delantera de su caparazón. Cuando yo lo ví, corrí y me monté por detrás y vino Patty y se agarró a mi cintura. A pesar de todo, la tortuga era tan grande y tan fuerte que nos llevaba tranquilamente al mar. La chica se cayó por la parte de atrás, yo me resbalé a un lado y se me cayó el sombrero, pero Harry siguió aferrado a la tortuga hasta que ésta se hundió con él hasta la barbilla. Nos reímos mucho esa noche, y Luta disfrutó con la escena, que ella estuvo contemplando desde la playa. Después que recuperé el sombrero, regresé a la escena de acción y con gran trabajo las logramos meter en la jaula, siendo su número de once y la más pequeña con un peso de cerca de trescientas. Atrapamos al mismo tiempo ocho tortuguitas. De vez en cuando les llevábamos hierba submarina con conchas y moluscos, y era sorprendente ver con qué facilidad rompían las conchas a pesar de que eran tan duras como el pedernal.

Harry y Rory llevaron un día a casa una tortuga carey que pesaba como 30 libras, de cuya concha nuestros artifices europeos fabrican diversas especies de adornos. Sin embargo, el sabor de esta tortuga no es muy agradable al paladar, ni nosotros las comíamos. Y como esto me brinda la oportunidad de hablar más sobre el tema, me permitiré informar que hay 4 ó 5 especies de este animal...

(A saber), en primer lugar, la caguama. Esta especie es frecuentísima en nuestra costa, y sus ejemplares son tan grandes, que muchos de ellos alcanzan las 400 libras de peso. Tienen lomo muy redondeado y son más bien algo más largas en relación a las otras especies, pero su caparazón carece de belleza. La segunda especie es la tortuga tora, llamada en inglés *trunk-back* (lomo de cofre), pues tienen la forma de nuestros cofres antiguos, con protuberancias. Son grandes y mal olientes, y no son muy agradables al paladar. A la tercera la puedo llamar *hawkbill* (pico de halcón), que es la tortuga carey. Su nombre en inglés le viene de que su cabeza recuerda la forma del pico de esta ave. La cuarta es la que llaman tortuga verde y es la más codiciada por su carne mucho más grata al paladar que todas las otras. De éstas se sabe que también llegan a alcanzar el peso de 300 libras.

LA TORTUGA TIENE MUCHOS ENEMIGOS

ORLANDO W. ROBERTS*

Muy poco se sabe de Orlando W. Roberts. Parece que durante siete años fue traficante en la costa Oriental de Centro América, de 1816 a 1823. En sus viajes se detuvo en la playa de desove de la tortuga verde en El Tortugero, Costa Rica (que se conocía entonces como Turtle Bight o Turtle Bogue) y escribió una de las primeras descripciones de las migraciones, desove, explotación y depredación natural en la playa que 150 años después se volvería famosísima.

Roberts consideró a las tortugas como una gran riqueza y sugirió que a ellas y a la playa se las debería proteger y conservar. Esto no iba a ser intentado sino hasta en la década del 1960.

La pesca de tortugas debería no sólo ser protegida contra los entrometidos, sino empleando métodos adecuados para preservar a los animales de la destrucción ruinosa... (1827: 283).

Desde Matina, avanzando a lo largo de la costa, encontramos los dos ríos Vásquez y Anzuelos; y al Norte de éstos, la Playa de la Tortuga o Turtle Bight: —en este sitio se matan anualmente centenares de finísimas tortugas, sólo por causa de su manteca o grasa, que derretida en forma de aceite, es usada por los indios y por otros en la Costa Mosquita, como sustituto de la mantequilla. Muchos pescadores al regresar desde el Sur a casa, se detienen en este lugar en procura de este aceite y de huevos de tortuga; los cuales son puestos al sol a secar para preservarlos:— y de esta manera muchos millares de tortugas son destruidas cada año o impedidas de llegar a la edad adulta.

En los meses de Abril, Mayo, Junio y Julio la tortuga verde llega desde varios cayos y lugares a muchísimas leguas de distancia, a varias partes de la Costa Mosquita, especialmente a las playas arenosas de la vecindad de Turtle Bogue, a depositar sus huevos. En esta temporada el mar está cubierto de lo que los pescadores llaman dedales —un pecesillo en forma de dedal de sastre; éste y una especie característica de hierba que crece en el fondo del mar, son su principal alimento. Es digno de notar que la tortuga tiene grandes pulmones y no puede sumergirse en el agua más allá de cinco o seis brazadas, viéndose obligada a emerger frecuentemente a la

* Los extractos que siguen son de: Orlando W. Roberts, *Narrative of Voyages and Excursions on the East Coast and in the Interior of Central America* (Relato de Viajes y Excursiones a la Costa Oriental y en el Interior de Centro América), Constable and Co., Edinburgh, 1827, pp. 93-96

superficie con el objeto de *soplar*, igual que hacen todos los peces que tienen pulmones. El macho y la hembra permanecen unidos por unos nueve días, en cuyo tiempo la hembra come y se mantiene en buenas condiciones; pero cuando se separan, el macho está totalmente exhausto, carente de todo valor económico e inadecuado para uso alimenticio. En algún momento después de esta temporada, la hembra reptará arriba en la arena y se prepara a poner sus huevos; describe un círculo en la arena hasta que está totalmente preparada; después cava un hoyo como de medio metro de hondo en el que deposita de sesenta a ochenta, los tapa y se marcha, por lo general antes de que salga el sol. Como quince noches después, regresa y deposita un número semejante, cerca del mismo paraje. Las tortuguitas salen del cascarón más o menos después de treinta y dos días, e inmediatamente buscan su camino hacia el mar.^[1] Tanto la tortuga Carey como la caguama tienen la misma temporada; pero si una tortuga tora, especie de tamaño inmenso y mucha gordura, es encontrada muerta en la playa, ninguna de ellas pondrá sus huevos en una milla a la redonda de aquel lugar, razón por la cual esta especie nunca es molestada.

El mango del arpón con que los indios le *dan* a las tortugas, es hecho de una madera durísima, la cabeza del arpón es una pieza triangular de hierro dentado, afilada en la punta. A ésta se une una pieza de hierro que se desliza en un surco que hay en el mango, y tiene una cuerda atada a él, que corre a través de agujeros hechos con ese fin en el astil del arpón, a la cual se une un flotador. Cuando los indios están bastante cerca para golpear a la tortuga, levantan el arpón por encima del hombro y lo arrojan, de tal manera que describe en el aire un círculo y pega en el lomo del animal con la punta hacia abajo, penetrando en la concha y desprendiéndose la punta del mango, quedando ensartada en el cuerpo del animal. El flotador indica entonces en la superficie del agua hacia dónde ha ido la tortuga; y ésta es atrapada fácilmente y asegurada por medio de la cuerda, que ha quedado atada al mango del arpón.

La tortuga tiene muchos otros enemigos que la destruyen a ella y a sus huevos; tales como el mapachín, el almizclero, el zorro, etc. El puma o león americano y una especie de tigre negro, espían también a la tortuga cuando viene a depositar sus huevos, la cogen y la arrastran a la maleza, y allí, a pesar de la cota de malla con que la ha provisto la naturaleza, la destruyen a placer.

En cierta ocasión un conocido mío escapó de perecer en las garras de uno de estos animales; —estaba con un amigo espionando a las tortugas cerca de la playa, pero habiéndose retirado, ya anochecido, a la maleza por un breve instante, un inmenso tigre negro, se acercó sin que él se diera cuenta hasta corta distancia. Dichosamente el compañero vio el destello de los ojos de la fiera y sabiendo que el otro estaba inerme disparó su arma contra el animal, el cual saltó inmediatamente hacia la maleza. Al día siguiente siguieron las huellas de sangre que había dejado y lo encontraron muerto en su cubil, con una tortuga medio devorada y la concha de otra junto a su cadáver.

[1] Roberts se ha quedado por lo bajo en su estimación acerca de la duración del período incubatorio

UNA NUEVA Y EXCITANTE CACERIA

EPHRAIM GEORGE SQUIER*

Ephraim George Squier, a quien se reputa como la primera autoridad sobre Centro América en el siglo XIX, escribió más de 100 publicaciones sobre Nicaragua, América Central, el Perú y los Estados Unidos. Su libro, *Waikna: Adventures on the Mosquito Shore* (Waikna: Aventuras en la Costa Mosquita), escrito bajo el seudónimo de Samuel Bard y publicado en 1855, fue su única novela. Squier viajó muchísimo, estudió ingeniería civil y tuvo varios años de experiencia en el estudio de la arqueología, etnología e historia. En 1849 fue enviado por el Presidente Zachary Taylor a Nicaragua como Encargado de Negocios de los EE.UU. en Centro América. En esa época los Estados Unidos estaban tratando de desacreditar la influencia británica en Nicaragua y Centro América, con el objeto de impedir a Inglaterra construir una ruta canalera interoceánica a través de Nicaragua por el Río San Juan. El control de los ingleses en la Costa Miskita era necesario para su asiento en el Mar Caribe y con el objeto de asegurar la estabilidad política de esa zona para un posible canal. Los miskitos hacía tiempo eran aliados de los ingleses y les habían permitido el acceso a la costa para su asentamiento. Según lo escribió Long (1774, I:317): “Estos indios con extremada voluntad gratifican a los ingleses con lotes de tierra para establecer colonias, y son sumamente serviciales por medio de artículos que ofrecen en trueque, y por su destreza en la pesca y la caza”.

El objetivo principal de *Waikna* de Squier fue censurar el control inglés de la costa y de los miskitos. En pocas palabras, por medio de una novela escrita de tal modo que fuera leída profusamente, forzar a los ingleses a abandonar la Costa.

Aunque es una novela, la obra está bien cimentada en la realidad acerca de las personas, la geografía física y la historia de la Costa. Gran parte de la información la obtuvo Squier en su visita a San Juan del Norte, de personas que vivían en la Costa y de obras escritas sobre esa región, especialmente las de Orlando Roberts (1827) y Thomas Strangeways (1822). Soy de opinión que Squier conoció a James Stanislaus Bell, Cónsul inglés, que tenía su sede en Bluefields, y obtuvo de él o de su hijo Charles Napier Bell, algunas notas (este último es el que después escribió los recuerdos de su vida en la Costa; véase la sección siguiente).

El libro de Squier es uno de los mejores del siglo XIX con tema de aventuras de viajes. Incluye él algunas descripciones excelentes de pesca y

* Esta selección contiene extractos de: Ephraim George Squier (bajo el seudónimo de Samuel A Bard), *Waikna. Adventures on the Mosquito Shore*, Harper & Brothers, New York, 1855, pp. 39, 45-48, 105-111

“desconchamiento” de tortugas, o sea, esto último, la práctica de quitarle a una tortuga carey viva, las placas de su caparazón.

Cuando yo comencé a oír hablar de la Costa Miskita y a pensar en viajar allá algún día, acudí a la biblioteca en busca de algo que leer acerca de esa región. Regresé a casa con *Waikna: Adventures on the Mosquito Shore*, y en la primera noche me leí más de la mitad. Era informativa y exacta, y contenía un párrafo que me hizo decidirme a viajar al trópico y a Nicaragua.

“Ve al trópico, muchacho, al trópico glorioso, en donde el sol es supremo y nunca comparte su dominio con los dioses congelados de narices azules, tez plumiza y ojos húmedos; ve allá y aprisiona los tintes incomparables del cielo, la esmeralda viva de los bosques y el azul vivificante de las aguas; ve al lugar en donde los pájaros tienen plumajes de arco iris y hasta los peces son color de oro; donde . . .”

Pero yo había escuchado lo suficiente . . .

“¡Basta! Iré al trópico glorioso”. (1855:17-18).

No solamente fui a la región sobre la que había escrito Squier hacía 113 años, sino que me proveí de un ejemplar de su libro y concluí repitiendo, en una pequeña canoa, el viaje que él describe, de San Juan del Norte al Cabo Gracias a Dios, deteniéndome en los mismos cayos, zonas tortugueras y aldeas; y después remontando el Río Coco. Pero esta es otra historia.

“El Roncador” es un pequeño cayo de unos mil doscientos metros de largo y en su parte más ancha de no más de trescientos cincuenta metros —un simple banco de arena blanca. En su extremo Oriental hay una parcela poblada de arbustos desmedrados y cerca de éstos, tres o cuatro palmeras bajas y torcidas. Afortunadamente para nosotros como se verá a continuación, “El Roncador” es famoso por el número de sus tortugas y es frecuentado, en temporada, por los tortugeros de Vieja Providencia, y a veces de tierra firme . . .

En el lado de nuestro islote, al que he aludido como cubierto de arbustos, el agua es relativamente poco profunda, y en el fondo crece una especie de hierba submarina, principal alimento de la tortuga. La superficie del agua, a su vez, está poblada por una especie de peces pequeños, que Antonio llamó por su nombre español de *dedales*, denominación bastante adecuada, pues se parecen muchísimo en tamaño y forma a esos adminículos de uso femenino. Estos animales, en el período de desove o postura de los huevos, constituyen otra clase de alimentos para las tortugas. En las noches las tortugas reptan por la costa y las hembras cavan hoyos en la arena, como de sesenta centímetros de profundidad, en los que depositan de sesenta a ochenta huevos. Después los tapan, tan habilidosamente que desafían la curiosidad de cualquiera no familiarizado con sus hábitos. Sin embargo, Antonio y Frank estaban familiarizados con las habilidades

de las tortugas, y cogieron tantos huevos como quisimos. Ya cocidos, son realmente deliciosos. Los indios y la gente de las costas nunca los destruyen, sino que se toman el cuidado de promover el incremento de este animal. Pero en tierra firme, los animales salvajes, tales como por ejemplo el jaguar, con frecuencia bajan hasta la costa y excavan los hoyos para extraerlos. En ciertas ocasiones hacen presa con las tortugas mismas, y arrastrándolas hasta el bosque, las matan y las devoran, a pesar de su armadura de concha.

Fue, pues, de noche, cuando Antonio y Frank, que se mantenían escondidos entre los arbustos, se avalanzaron sobre las tortugas y con ganchos de hierro las voltearon panza arriba, posición en la que se vuelven impotentes e incapaces de todo movimiento. Al día siguiente, las trasladaron a la parte más distante de la isla, en donde las “desconcharon”; —una manipulación cruel, que el presenciarla me puso la carne de gallina. Sin



“Desconchando” tortugas . . .

embargo, antes de describirla debo explicar que, aunque los hábitos de todas las variedades de tortugas son más o menos los mismos, su uso es muy diferente. La mejor conocida es la tortuga verde grande; con frecuencia llega a nuestros mercados y su carne es estimada por los epicúreos como plato exquisito. La carne de la tortuga más pequeña, la carey, no es tan buena, pero su concha es valiosísima, pues es más gruesa y mejor coloreada. Lo que llaman concha de tortuga no es, como generalmente se supone, la cobertura o escudo de la tortuga, sino solamente las escamas que la recubren. De las escamas planas cuatro son grandes, alcanzando a veces treinta centímetros de largo y quince de ancho, semi-transparentes, jaspeadas en blanco, rojo, amarillo y castaño oscuro, las que son extraídas completamente cuando se prepara y se pule la concha. Estas láminas, como lo he

dicho, constituyen la capa exterior de la parte sólida u ósea de la concha; y una tortuga grande rinde como ocho libras, variando el grosor de las placas de tres a seis milímetros.

Los tortugeros no matan a las tortugas; si las mataran, en pocos años las exterminarían. Cuando atrapan una tortuga, la atan y le recubren el lomo con hojas secas o hierba, y le pegan fuego. El calor hace que las placas se separen en las juntas. Entonces introducen un cuchillo grande horizontalmente bajo las placas y éstas se desprenden del lomo, teniéndose el cuidado de no dañar a la tortuga por el demasiado calor, ni de forzar el desprendimiento mientras el calor no ha preparado completamente la separación. Muchas tortugas mueren en esta cruel operación, pero hay numerosos ejemplos de algunas que han sido atrapadas nuevamente y se les ha reproducido la coraza exterior; solamente que en estos casos, en vez de trece piezas, hay una sola pieza. Como ya lo he dicho, no pude soportar más de una vez el ser testigo de semejante crueldad, y me alegró mucho de que la operación del “desconchado” se llevara a cabo fuera de la vista de la cabaña. Si las pobres tortugas fueran capaces de gritar, habrían convertido este islote desolado en un verdadero infierno por el clamor en la tortuga.

Frente a la bocana de Laguna de Perlas hay numerosos cayos, que de hecho le dan su nombre a la laguna. Son célebres por el número y la variedad de las tortugas que se encuentran en ellos y en los alrededores. Me encantó tanto nuestra pesca a la luz de antorchas, que sentí ansias de presenciar el deporte de la caza de tortugas, que los mosquitos reputan como la más noble de sus artes y en la cual han adquirido una pericia proverbial. Drummer¹ necesitó sólo un poquito de persuasión y un trago de ron, para emprender una expedición a los cayos. Como esto involucraba salir a mar abierto, escogió cuatro pipantes de los más grandes, en cada uno de los cuales asignó el número requerido de hombres aptos y expertos. Las mujeres y el resto de los hombres fueron dejados en la laguna para que siguieran pescando. Como mi canoa era demasiado pequeña para aventurarme a salir, se la dejó a cargo del muchacho Poyer, el cual, una vez armado con mi escopeta de dos cañones, se sentía convertido en un batallón. Junto con Antonio me embarqué en el pipante más grande, capitaneado por Harris, “cabo de brigadas” del Capitán Drummer, que era con mucho el mejor ejemplar de hermosura corporal que yo había visto entre los sambos.

Me preocupé mucho al enterarme de cuán pocas provisiones habían sido puestas en los pipantes, ya que el mal tiempo mantiene con frecuencia a los pescadores dos o tres semanas en altamar. Pero Drummer insistió en que tendríamos que encontrar abundante comida, y nos embarcamos. Cogimos la brisa de tierra tan pronto como nos pusimos a sotavento de la costa, y navegamos rápidamente en el curso propuesto. Aun cuando el mar estaba relativamente tranquilo, todas las lanchas llevaban tal cantidad de velamen que yo me mantenía en estado de nerviosidad constante. Dificilmente creería uno que los mosquitos se aventuran en sus pipantes

[¹] Representante del Rey Mosco en la zona de Laguna de Perlas

con gran impunidad en el más crudo temporal, y cabalgan sobre las olas como gaviotas. Si zozobra la embarcación, en un momento la enderezan y con la parte ancha de los canaletes le achican el agua en un tiempo increíblemente corto.

Volamos, así como suena, con el viento; y cuatro horas después de haber partido de la costa llegamos a los cayos. Estos son muy numerosos y están rodeados de arrecifes, a través de los cuales existen intrincados canales, todos bien conocidos de los pescadores. Algunos de los cayos son meros montones de arena y roca de coral semidesintegrada; otros son más grandes y unos pocos tienen arbustos y una que otra palmera, pareciéndose mucho a “El Roncador”. Fue en uno de éstos en donde existían las ruinas de una rústica cabaña y había un hoyo excavado en la arena, que contenía agua salobre, donde desembarcamos e hicimos el campamento. Tan pronto como éste estuvo terminado, Harris salió con su bote a buscar tortugas, dejando a los demás para que repararan la cabaña y arreglaran lo concerniente para pasar la noche. Por supuesto, yo acompañé a Harris.

El aparato para darle a la tortuga es sumamente sencillo, y se corresponde exactamente con el *waiskodusa*,² que ya he descrito, excepto que en vez de tener púa, la punta es una lima triangular ordinaria, sumamente filosa. Esto, según se ha averiguado, es lo único que perfora la gruesa armadura de las tortugas; y además, hace un agujero tan pequeño, que raras veces mata a la tortuga verde, y hiere muy levemente las láminas de la carey, la cual proporciona la concha comercial.

Harris iba de pie en la proa del pipante, mirando fijamente hacia el agua y llevando el arpón en la mano derecha mientras que la izquierda la llevaba a la espalda en donde hacía el oficio de un telégrafo para los dos hombres que canaleteaban. Estos iban con la mirada fija en la señal, y conforme a ella regulaban sus golpes de canalete y el rumbo y la velocidad del bote. No se habló ni una palabra, pues se cree que la tortuga posee un oído muy fino. De esta manera canaleteamos por entre los cayos por media hora, cuando, a un ligero movimiento de Harris, los hombres alteraron su rumbo un poquito, y movieron los canaletes con tal lentitud y suavidad que a duras penas producían ondulaciones. Yo miré atentamente y ví solamente algo que supuse era un roca, la cual se proyectaba fuera del agua. Se trataba, no obstante, de una tortuga flotando perezosamente en la superficie, como suelen hacer las tortugas. A pesar de las precauciones tomadas para acercarnos, nos oyó, o tal vez vió el bote, pues se hundió cuando estábamos todavía a cuarenta metros de distancia. Se produjo un rápido mensaje telegráfico de la mano de Harris, y los hombres comenzaron a canaletear con inusitada rapidez, hundiendo los canaletes profundamente en el agua. En un instante el bote pasó sobre el sitio donde había desaparecido la tortuga y pude verla por un instante, cuando nadaba con una rapidez que trastornó mi concepto de la movilidad de la tortuga en ese elemento, pues yo la juzgaba por su pesadez en tierra. Literalmente parecía *deslizarse* en el agua.

[²] En miskito, arpón se dice *waiskudusa*

Entonces comenzó para mí una nueva y excitante cacería. Harris llevaba los ojos fijos en la tortuga y los hombres los suyos en la mano telegráfica de Harris. Ora tomábamos esta dirección, ora tomábamos aquella otra; lentamente por un momento, con rapidez en el instante siguiente, y de vez en cuando inmóviles como un tronco. El agua no era tan honda como para permitirle a nuestra escamada amiga escabullirse enteramente fuera del alcance del ojo experto de Harris aunque a mí aquel fondo me parecía un laberinto indescifrable. Como la tortuga tiene que subir tarde o temprano a la superficie a respirar, el objeto de esta persecución es mantenerse cerca de ella para traspasarla en cuanto aparezca. Por fin después de media hora de diestra evasión, el bote se detuvo con una sacudida y el arpón voló hacia abajo. Como no todo el palo del arpón bajó, comprendí que se había acertado el blanco. Un instante después, Harris tenía afianzado el cordel. Tras un poco de forcejeo y algunos intentos espasmódicos de escape, el animal se rindió, la cansada tortuga sumisamente dejó que la lleváramos a la costa. Unos cuantos tirones vigorosos soltaron la lima y la tortuga fue volteada panza arriba para quedar esperando nuestro regreso, convertida en la imagen viviente de la impotencia. Me figuro que la expresión de la cabeza de una tortuga y sus ojos semi-cerrados, en esas circunstancias, es un modelo superlativo de la santa resignación; de la cual unos cuantos movimientos cada vez más débiles de sus aletas vienen a ser un accesorio de mojigatería, como las manos alzadas de un cura bien alimentado.



Cazando tortugas.

Este "ejemplar", como diría un naturalista, resultó ser de la variedad más pequeña, o sea la tortuga carey, cuya carne es inferior a la de la tortuga verde, si bien las careyes son más valiosas a causa de su caparazón. Por lo tanto, volvimos a salir, manteniéndonos cerca de los cayos y arrecifes, en donde el agua es poco profunda. Estaba casi oscuro cuando Ha-

rris encontró la oportunidad de otra tortuga, a la que le acertó en el fondo, por lo menos a dos metros y medio bajo la superficie. Esta fue de la variedad verde; fue izada al bote; y sin ceremonia alguna se le cortó la cabeza, no fuera a ser que diera un pellizco rencoroso en las corvas de los remeros.

Esa noche tuvimos chuleta de tortuga y huevos de tortuga, aletas de tortuga asadas, y *callipash* y *Callipee*³ (estos dos en forma de sopa); es decir, tortuga en todas las formas conocidas de los mosquitos, que merecen muy bien el nombre de “tortugeros”. La tortuga esconde sus huevos en la arena, pero los nativos son listos para descubrir los indicios de un depósito, el cual comprueban metiendo en la arena la baqueta de hierro de un mosquito, operación que llaman “sentir los huevos”.

Cerca de la medianoche comenzó a llover copiosamente, y siguió lloviendo todo el día siguiente, de manera que nada se podía hacer. Entonces llegó la hora de *hablar de tortugas*, y Harris se entusiasmó tanto que me prometió mostrarme lo que los mosquitos miran como el *ne plus ultra* de la habilidad tortuguera, esto es, “saltar la tortuga”. No me explicó qué quería decir esto, pero me hizo un gesto de cabeza muy significativo, que es el equivalente mosquito de *nous verrons*.*

El tercer día se mostró propicio y Harris logró obtener varias tortugas excelentes. Cerca del mediodía puso a un lado el arpón y tomó su posición enteramente desnudo, manteniendo no obstante su acostumbrada mirada hacia el agua. No tardamos mucho en dar con la huella de una tortuga. Después de varias maniobras interminables, aparentemente con el objeto de conducirla a aguas poco profundas, Harris se tiró repentinamente por la borda. El agua hirvió y burbujeó por unos momentos, reapareciendo él con una linda tortuga carey en las manos extendidas. Esa hazaña me enseñó lo que llaman “saltar una tortuga”. Con frecuencia sucede que los pescadores chapuceros reciben dolorosos mordiscos al intentar hacer esto, que no deja de tener sus peligros por las filosas rocas coralinas y los espinosos erizos de mar.

En la tarde del cuarto día regresamos a la laguna, llevando con nosotros ocho tortugas verdes y como noventa libras de excelente concha de carey.

[³] Calipee es una sustancia gelatinosa, que se usa en la sopa de tortuga verde y que se obtiene del peto o concha de la barriga del animal, mientras que el calipash se saca de la parte interior del borde del caparazón. En la actualidad, ya no se hace diferencia entre estas dos sustancias, y a ambas se las llama “calipee”

(*) En francés en el original Significa “ya veremos” (N d T)

CELEBRAMOS EN EL PUEBLO CON CARNE DE TORTUGA GORDA

CHARLES NAPIER BELL*

Probablemente la mejor, y al mismo tiempo la menos conocida obra del siglo XIX sobre los Miskitos y la costa Oriental de Nicaragua, es *Tangweera: Life and Adventures Among Gentle Savage* (Tangweera: Vida y Aventuras entre Salvajes Benévolos), escrita por Charles Napier Bell. Hijo del Cónsul inglés en Bluefields, Bell pasó muchos años (alrededor de 16) en la Costa, trabajó en campamentos madereros y efectuó viajes frecuentes por los ríos y a lo largo de la costa a través de sus muchas lagunas y canales. Creció junto con George Augustus Frederick, el joven mosco que vivía en casa de Bell en Bluefields. Charles Bell partió de la Costa cerca de 1859 y no regresó nunca. Ya viejo y viviendo en Nueva Zelanda, retirado de su profesión de ingeniero civil, decidió escribir un libro sobre sus experiencias de muchacho y de joven en la Costa Miskita. Conservaba consigo notas, esquemas y mapas hechos antes de partir de Bluefields. Esto fue la base del libro, junto con los propios recuerdos de Bell acerca del disfrute y las experiencias de una vida que pocos pueden igualar:

Este libro lo escribí en la vejez; pero contiene el recuerdo de mi juventud, que la pasé entre los benévolos salvajes de Centro América, entre los paisajes magníficos del trópico —vida ideal para un muchacho, y tal que ni un muchacho entre un millón la ha disfrutado jamás (1899: V).

Bell trabajó en su obra durante 10 años, publicándola por fin en 1899, cerca de 40 años después de haber partido de la Costa Miskita. El libro tiene cualidades de excelencia literaria y es una valiosa obra de referencia por sus descripciones de la cultura miskita, las actividades económicas del siglo XIX, y especialmente la fauna y la flora de la región, por las cuales Bell tuvo especial interés y también talento al describirlas, pues fue naturalista de corazón.

Respecto a las tortugas de mar, Bell notó que “casi todas las tortugas que se consumen en Europa vienen de la Costa Mosquita”. Comentó las migraciones de la tortuga verde y observó que desovan en tierra firme, lo cual ahora ya no sucede debido a la explotación excesiva. A mediados del siglo XIX el Rey Mosco cobraba un impuesto a los moradores de las Islas Caimán por cada cabeza de tortuga cogida y exportada de la Costa. Bell fue una vez en un viaje de cobro del impuesto en los cayos, de cuyo relato procede el título que hemos dado a esta sección.

* Esta selección la extracto de: Charles Napier Bell, *Tangweera Life and Adventures Among Gentle Savages*, Edward Arnold, Londres, 1899, pp 40-42, 58, 273-276, 294-295

El título del libro, *Tangweera* (pronunciado “tangüira”), es una palabra miskita que significa “pelo lacio”, es decir, indio puro. Es también el nombre de dos islotes de coral en los Cayos Set Net (Cayos de las Perlas), en donde Bell estuvo una vez tortugueando.

En Mayo las tortugas han llegado a la costa, y nuestra comida por dos meses o un poco más es carne y huevos de tortuga. Hace algún tiempo Gunter de Londres estableció aquí¹ una planta enlatadora de manteca de tortuga para los gourmets de Londres. Hizo unos grandes corrales en los que encerró varios cientos de tortugas, y como la gente de la población no podía consumir ni siquiera la cuarta parte de la carne que mataba diariamente, ésta y todos los desperdicios los arrojaban a la laguna. La consecuencia era que los tiburones y los lagartos proliferaban extraordinariamente, y se tuvieron que interrumpir nuestros baños y juegos en el agua. (Fig. 16).

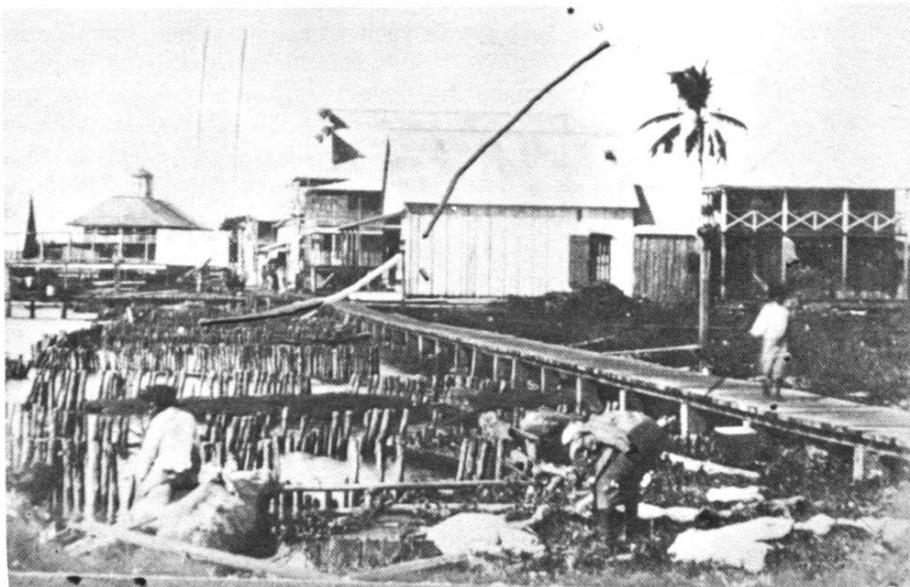


Figura 16. Encierros (“corrales”) de tortugas, Bluefields, alrededor de 1900. (La foto original estaba estropeada por agujeros de polilla).

Antes he dicho que la tortuga llega en Mayo a la costa. Allí permanece hasta Agosto, cuando parte, nadie sabe hacia dónde, pero es probable que sea a la Florida o a las Bahamas. Si es admirable el instinto de la paloma mensajera para encontrar su morada, ¿cuánto más no lo serán las migraciones de la tortuga? Bajo el agua no pueden ver más allá de 18 metros, y aun cuando sacan la cabeza del agua para respirar, sólo pueden ver a muy corta distancia; y sin embargo discurren por miles de kiló-

[¹] En Bluefields.

metros y cada año regresan a los bancos y cayos mosquitos y conocen sus propias bahías arenosas donde poner los huevos.

Las valiosas tortugas carey frecuentan la costa meridional desde cerca de Monkey Point hasta Chagres, y quizás todavía más lejos por el Sur, en cuyas partes es rara la tortuga verde comestible. Esta última visita también periódicamente la Isla de la Ascensión² y la de Santa Elena, pero sería temerario decir que provienen de la Costa Mosquita, aun cuando éste es el centro principal que frecuenta la tortuga verde, y casi todas las tortugas que se consumen en Europa provienen de dicha costa. Además de la tortuga verde y la carey, existe la tortuga tora, pero nadie la come y nunca es sacrificada.

La tortuga adulta está a prueba de mordiscos de tiburón, pero estos asenos del mar con frecuencia les arrancan las aletas de un mordisco y por eso encontramos tortugas mutiladas. Las tortugas jóvenes son tragadas enteras o trituradas entre las mandíbulas del tiburón, pues yo he extraído varias libras de concha de tortuga del estómago de un escualo. Los huevos los esconden tan bien en la arena, que raras veces son molestados, excepto por el hombre. Las tortuguitas recién nacidas tienen tamaño doble del de una moneda de a centavo, y mientras luchan por ir de la playa hacia el mar, incontables enemigos las devoran. Las sobrevivientes que alcanzan el agua son devoradas por los barracudas, tiburones y otros peces, y cuando alcanzan la edad juvenil, hasta el tamaño, digamos, de la tapa de una caja de sombreros de señora, los tiburones las atacan, y como la tortuga no es muy rápida nadadora, sólo pueden escapar las que no son descubiertas.

En Enero, al comienzo de la estación seca, los moradores mosquitos de la costa derriban y queman sus plantaciones y, dejando a las mujeres en casa, parten a la pesca de tortuga o a trabajar en los cortes de madera. Para finales de Mayo, comienzan a sentir nostalgia de sus mujeres e hijos, y regresan en sus botes a casa.

Las mujeres llevan una especie de vida de paseo campestre, cuando sus maridos están ausentes. Se dedican a vagabundear en grupos, visitando a sus vecinas en la desembocadura de los ríos adyacentes, acampando en los matorrales para recoger semillas oleaginosas, vagan entre los manglares para recoger punches, o viajan hacia alguna lejana laguna para alimentarse de caracoles y ostras. Por lo general dedican un mes al acampamiento en la playa, donde mantienen hirviendo día y noche una olla inmensa, para hacer sal del agua del mar; y suelen estar en la playa para la fecha en que se espera que regresen los hombres. Entonces cada vela que aparece en el horizonte es atisbada ansiosamente por una multitud de chiquillos morenos, y las mujeres con los bebés a cuestas salen de las casas cuando escuchan gritos de que se acerca alguna lancha.

Por fin las esperadas embarcaciones se aproximan; los hombres vienen haciendo sonar conchas para informar a sus mujeres de su regreso. Todo

[²] Recientes investigaciones han confirmado que las tortugas verdes de la costa del Brasil efectúan migraciones de 2,000 a 3,200 kilómetros hasta la diminuta Isla de la Ascensión, situada a mitad de distancia entre Sur América y África

el pueblo se lanza a la calle, y a medida que cada lancha atraca, impulsada por la cresta espumosa del oleaje, las mujeres se meten en el agua hasta la cintura, la agarran, los hombres saltan de ella, y entre ambos la remolcan y la arrastran hasta vararla en tierra.

A su debido tiempo el Rey³ y yo llegamos casi a la edad adulta, y los deberes de Estado recayeron sobre él. En la ocasión que ahora voy a relatar, tuvo que viajar al Norte en asuntos de negocios y para visitar a unos parientes que vivían en las márgenes del Río Wanks.⁴ Me pidió que lo acompañase; sus tres hermanas viajarían con nosotros.

Poseía una linda embarcación, llamada "Barco" en la costa, y que era una lancha de cedro bastante grande, fabricada, construida y con cubierta, en forma de proporcionar el abrigo de su bodega, y con un pequeñísimo camarote a popa. Llevaba dos mástiles con velas triangulares y foque grande; y era un rápido velero, muy admirado como nave apropiada para un Rey. (Fig. 17).



Figura 17 **Haciendo reminiscencias de otros tiempos, una réplica de una "lancha de velas" miskita efectúa el recorrido de los viajes de Charles Napier Bell a mediados del siglo XIX.**

El pequeño camarote se le dio a las tres jóvenes, y los demás dormíamos en la bodega, encima del lastre de piedra. La tripulación consistía en un hombre que era el Intendente Real, dos jóvenes mulatos, el Rey y yo. El camarote tenía una pequeña escalera cerrada por encima por una cofa de resbalón. En la bodega había una puertecita de escotilla. Si había mal tiempo todo estaba cerrado, pero el puente corrido tenía puntales y una

[³] George Augustus Frederick

[⁴] Río Coco.

cuerda gruesa en contorno, para preservar al pasaje de que una ola lo barrera de la borda; un par de remos largos y pesados permitían movilizar la lancha cuando no había viento.

Izamos velas en Bluefields con viento de tierra, como a las nueve de la noche, y al día siguiente anclamos al Oeste o lado de sotavento del más grande de los Cayos de las Perlas. Bajamos a tierra y encendimos fuego, donde las chicas nos prepararon el desayuno, consistente en plátano asado, sopa de tortuga y café. Después, mientras las chicas paseaban por la isla y se bañaban en las claras pozas arenosas rodeadas de corales, nosotros dormimos a la sombra de las parras de la playa.

Al mediodía, con fresca brisa, nos hicimos a la vela a través de los arrecifes de coral, salimos a mar abierto y pusimos rumbo a los Cayos del Rey, a donde llegamos ya de noche, y allí dormimos, aunque nuestro sueño fue muy perturbado por unos cangrejos pequeños que se arrastraban sobre nosotros y nos arañaban los dedos de las manos y los pies, y las orejas.

Mucho tiempo antes del amanecer partimos con viento de tierra, y cerca de las diez de la mañana llegamos a Cayo Maroon y desayunamos, después de lo cual partimos rumbo a Duckwarra,⁵ situada en tierra firme.

La época principal de atrapar tortugas es en el mes de Mayo, durante cuyos asoleados días de calma, ellas se deleitan en dormir flotando en la superficie del mar. En esta época es usual que se reúnan cien lanchas en los Cayos Man-O-War y del Rey, en donde los indios acampan bajo los árboles, rodeados por una cerca de tortugas vivas volteadas panza arriba, cuyo silencioso sufrimiento pasa inadvertido, y cuya vida se pone en evidencia solamente por el descargar del aire de sus pulmones y la inhalación de un profundo suspiro cada veinte minutos. ¡Pobres animales! Sus ojos están cubiertos de moscas, y a nadie se le ocurre arrojarles un poco de agua para enfiarles la concha, intensamente calentada por el sol. (Fig. 18).

Los indios se encuentran en la cúspide del deleite, pues esta temporada es una fiesta continua. Algunos están asando petos o patas de tortuga, otros están arreglando sus arpones, otros duermen en la arena. A lo largo de la playa, entre los árboles, se estiran cordeles, de los cuales se cuelga carne de tortuga que se pone a secar al sol. La isla entera está sembrada de fragmentos de carne, y el olor de la grasa verde puebla el aire y se percibe a varios kilómetros hacia sotavento. Aquí se observa el espíritu derrochador de los indios, exhibido en la forma más extravagante. La costa del mar está poblada de desechos de tortuga a medio comer; aletas, cabezas y trozos de carne por todas partes. A menudo los indios matan una tortuga y, al no encontrar en ella la cantidad de grasa que esperaban, la arrojan al mar.

A la mañana todos se aprestan hacia los bancos tortugueros, que están a 12 ó 15 kilómetros de distancia, y es un espectáculo muy hermoso verlos regresar por la tarde. El mar a barlovento se ve poblado de velas, que

[⁵] Dakura, situada cerca de Big Sandy Bay en la costa superior.

viran hacia dentro y hacia fuera entre los bancos de coral. De vez en cuando parecen embocadas entre el blanquísimo embate de las olas, después aparecen en el azul profundo de los canales. Al llegar a los bancos, que se descubren por el número de tortugas que salen a respirar, se arría la vela, y se fija la observación en una tortuga que sople. Se prefieren los días tormentosos, pues el ruido de las olas ahoga el que podrían hacer los canaletes. La tortuga que sale a respirar, por lo general flota en la superficie durante unos minutos, y los indios tratan de acercársele ya sea por



Figura 18 **King's Cay (Cayos del Rey), donde Charles N. Bell acampó hace 100 años. El autor y su compañero conversan con un anciano tortugero criollo, quien ha pescado en estas aguas por más de 50 años.**

detrás o directamente de frente a ella, pues la tortuga no ve muy bien hacia delante. Cuando el bote se encuentra a unos 18 ó 25 metros, el que va en la proa se levanta sigilosamente y le arroja el largo y pesado arpón, de tal manera que éste cae casi verticalmente sobre el lomo de la tortuga; el arma que tiene un pequeño bulbo se hunde en la concha y la tortuga se sumerge hasta el fondo, arrastrando consigo el largo cordel al cual está atada la vara del arpón y un flotador de madera liviana. Ella tiene que salir a respirar cada veinte minutos y así se agota pronto; entonces la izan al bote. Muchas veces los indios sobrecargan este último con tantas tortugas, que deja de ser seguro para navegar y las olas lo echan a pique; pero las tortugas están atadas por las aletas al bote, y achicándolo constantemente, los indios logran llegar a los cayos con su carga. El arpón es tan corto que la tortuga no sufre daño por la herida, pero cuesta muchísimo desprenderlo de la concha, pues en la parte media es hinchado como peonza de muchacho.

Los indios también pescan de noche, cuando acuden a los bajíos entre los arrecifes de coral, en donde se ve a las tortugas por la línea de luz fosforescente que dejan en el agua; pero la pesca nocturna tiene sus desventajas, ya que muchas veces se arponean tiburones y pejesierras, que producen muchos contratiempos.

De las Islas Caimán llegan goletas a la costa con regularidad, a pescar o atrapar tortugas. Las redes para este propósito tienen de 80 a 100 brazas de largo,^o y 1.80 metros de ancho. En el borde inferior llevan un plomo y el borde superior lleva corchos flotadores. Se ponen señuelos cerca de la red, que consisten en grandes piezas de madera en forma de tortuga en el acto de respirar. Cuando la tortuga sale a la superficie, siempre mira a su alrededor, y al ver los señuelos, se acerca y se enreda en la trampa.

Grandes encierros, llamados *corrales*, están preparados en las aguas de poco fondo, y las tortugas se mantienen en ellos hasta que se reúne carga suficiente para un barco. La tortuga carey, que suministra la concha comercial, es mucho más pequeña que la tortuga verde. Estas nunca son atrapadas ni pescadas por otros que por los indios y criollos, quienes las arponean o las cogen cuando salen a poner sus huevos en la playa. La concha de tortuga vale 6 dólares la libra, y una buena concha pesa 4 libras. La concha está adherida al peto óseo en grandes placas o láminas.

Los indios sacan grandes cantidades de huevos de la tortuga verde y de la carey, y nunca se ha hecho nada para detener esta práctica ruinosa. Las tortugas nunca ponen en las islas de coral, sino siempre en las playas de tierra firme; también se ha observado que no toda playa les gusta, sino que escogen ciertas zonas de la playa a donde siempre regresan a poner. La tortuga hembra escoge las noches más oscuras para salir a la costa y poner sus huevos en Junio y Julio.

Mientras disfrutábamos en el Cabo, recibiendo toda la atención y hospitalidad que la gente brinda siempre al Rey y su comitiva, éste tuvo ocasión de ir en compañía del maderero Mr. Skelton, al Río Patuca, dejándome encargado de sus hermanas y del barco.

Pero primero recibí instrucciones de tomar al contraamaestre y doce hombres e ir con el barco y una lancha grande a los bancos tortugueros, situados a 30 kilómetros al Sureste del Cabo. Yo portaba una carta del Rey dirigida a los capitanes de dos goletas tortugueras, en la que reclamaba el pago del impuesto sobre las tortugas cogidas, y en caso que no pagasen, decomisar toda la tortuga.

Partimos con viento de tierra por la mañana, y llegamos a los bancos al mediodía. Encontramos una goleta anclada a bastante distancia de los bancos y, dejando nuestro barco anclado en aguas tranquilas, a fuerza de canaleta con viento contrario llegamos hasta aquélla. Le presenté al segundo de a bordo la carta para el capitán, y él me respondió que era un súbdito británico independiente, y que sería un h.d.p. si pagara impuestos a

[^o] En esto se equivocó Bell. El largo era probablemente de 8 a 10 brazas, o sea de 14 a 18 metros

un *waika*, fuera o no fuera Rey. *Waika* significa cuñado o amigo en Mosquito, y es el apodo que les dan los criollos ingleses de Belize a todos los mosquitos. Entonces nos reembarcamos y, tomando a los mosquitos en el bote, nos encaminamos hacia los corrales tortugueros, situados como a 8 kilómetros hacia el Sur.

Allí encontramos dos grandes corrales llenos de tortugas. Dichos corrales estaban hechos de postes de mangle enterrados en la arena y amarrados unos con otros con mimbre, a una altura de 1.20 m. fuera del agua. En uno de los corrales había como 300 tortugas, en el otro como 100. Los indios primero arponearon seis u ocho hembras, y las ataron a los postes; después derribaron los postes en diferentes lugares e hicieron salir a las tortugas. Antes de concluir la mitad de esta operación, vimos un bote de la goleta que se dirigía hacia nosotros. Cuando llegó donde estábamos, el capitán, ciego de rabia, cogió su escopeta de caza y amenazó con disparar contra alguien. Pero el contra maestre y los indios no eran hombres que se dejaban amedrentar, y remando nuestro bote hacia el de ellos —portando nuestro contra maestre y algunos hombres armas de fuego y el resto de ellos machetes— mantuvieron a raya el otro bote hasta que todas las tortugas hubieron salido, soltando entonces al capitán y sus acompañantes y amonestándolos que nosotros les debarataríamos cualquier corral que levantaran, con igual rapidez que la que emplearan en construirlo, a menos que pagaran el impuesto. Entonces cargamos cuatro de las tortugas y regresamos al yate, y en la tardecita llevamos las otras cuatro y regresamos al Cabo, en donde celebramos en el pueblo con rica carne de tortuga gorda.